

IV

Esperanza fallida.

Después de la última carta de Marcelo Montarón dirigida á la señorita Tres Estrellas, Fernanda no habia insistido con el empleado del señor de Dubreuil para nuevas pesquisas respecto al paradero de aquél, que, sin embargo, tanto deseaba encontrar.

El pudor la impedía revelar su secreto, aunque fuese el mejor de sus amigos, y al más decidido de sus servidores.

Pero ¿por qué en sus noches de insomnio, en la fiebre que la habia tenido en cama durante seis semanas en casa de la duquesa de Reville, era de aquel joven tan mal tratado por la fortuna, pero tan pundonoroso, tan noble de carácter, de quien esperaba el consuelo de sus penas y del duelo porque estaba agobiada?

¡Qué de veces habia leído y releído sus queridas cartas!

Las sabia de memoria.

El amor que sentía por aquel protegido, á quien apenas habia entrevisto, no se parecía á ningún otro.

Era la atracción de dos almas, en la que no entraba nada material.

La señorita de Corbiere perseguía una idea fija.

Quería encontrar á Marcelo Montarón; no pensaba más que en él.

Esperaba á cada momento verle aparecer delante de ella.

A él era á quien buscaba en la multitud de paseantes de Interlaken, en la ola de viajeros que se apiñaba, en los barcos que surcaban el lago, en el tren, por todas partes, en fin, adonde el capricho de las excursiones les impulsaba.

Si su deseo debía quedar sin efecto; si no le encontraba, ó si después de haberle encontrado, no realizaba él el ideal que ella se habia formado con las cualidades que exigía del hombre de quien quería hacer el compañero de su vida, pues bien, su partido estaba tomado: se encerraría en un convento.

Se consagraría al servicio de los enfermos y de los pobres.

Efecto de uno de esos misterios del corazón, de que no podría uno darse cuenta, Fernanda ligaba íntimamente la idea de Marcelo á la de la frase tan triste, de la conmovedora melodía del señor Mertens, que habia oído en la iglesia de Lucerna, en el concierto á que asistió el año anterior.

Aquella frase creía oirla sin cesar; se complacía en repetirla en el piano, como se complacía en leer y releer las cartas de Marcelo, de las que no se separaba jamás, y que llevaba consigo como un talismán.

Así es que la excursión á Lucerna era el objeto de sus deseos y una causa de alegría y de esperanza para ella.

Dió las gracias al marqués, por aprovechar la ocasión que se presentaba de satisfacer su

deseo de ir á Lucerna, con la más dulce y casi la más tierna de las miradas.

A las ocho de la mañana del jueves, un excelente vaporcito condujo á los expedicionarios á Brieuze.

En Brieuze les esperaba el carruaje de los cuatro caballos.

Hubieran podido tomar el tren.

¡Quita allá!

¡Qué diferencia de hacer la excursión en el tren á hacerla en aquel confortable carruaje de que podían disponer, que podían parar donde quisieran, y en el que irían con más intimidad!

Al menos podrían ver todo detenidamente, admirarlo todo.

Tenían tiempo para ello.

¡Qué magníficos panoramas por todas partes, y en particular en las inmediaciones de Lucerna!

¿Qué tristeza hubiera resistido á tales distracciones?

Así es que la misma señorita de Corbiere se metamorfoseó.

Parecía renacer á la vida.

Su melancolía había desaparecido.

Sonreía dulcemente á la duquesa, á Teresa y al marqués, siempre tan solícito, y al que demostraba un agradecimiento infinito por haberla devuelto su libertad, y tal vez también por sus atenciones significativas con Teresa.

A las doce en punto, después de haber parado dos veces en el camino, entró el carruaje en la aldea de Winkel.

Krug, muy alegre, estaba en la puerta de la casa de su hermano.

Winkel es una aldea de las más coquetas, y su situación es sumamente pintoresca, á tres ó cuatro kilómetros de Lucerna.

Una iglesia ó más bien una capilla muy sencilla ocupa el centro de la plaza, y algunas casas de propietarios, cultivadores y pescadores se agrupan á su alrededor.

Está rodeada de jardines, y allí, como por todas partes en las inmediaciones de Lucerna, hacia cualquier lado que se dirigía la vista, se descubren horizontes que rivalizan en majestuosidad.

El hermano de Krug era un buen hombre, muy sencillo, que había visto con pena que su hermano se dedicara á la pintura.

Pero los recientes éxitos del pintor que había obtenido por su solo mérito, un segundo premio en el salón y cuyo bolsillo no estaba ya vacío, reconciliaba á aquel prudente suizo con la pintura.

Ayudado por su mujer, una valiente aldeana muy simpática y por la hija del pintor, acogió con una hospitalidad cordial á la caravana que acababa de invadir su modesta casa.

El almuerzo fué abundante y confortable.

Huevos, truchas que se encuentran en todas las mesas de la patria de Guillermo Tell, chuletas y patatas, y todo esto regado con unas cuantas botellas de vino del Rhin, formaba un *menú* de los más aceptables.

Para hacer honor á sus huéspedes, el hermano del pintor había invitado á su cura.

Era este un sacerdote de unos cuarenta años de edad y, como la mayor parte de sus compatriotas, apasionado por la música.

Tenía en su iglesia, que hizo visitar á los viajeros, un harmonium del que confesó servirse muy mal.

La señorita de Corbiere aprovechó la ocasión de hacer al buen sacerdote una pregunta que la abrasaba los labios.

—¿Vais con frecuencia á Lucerna?—le preguntó.

—A cada instante.

—¿Hay conciertos de órgano?

—En la iglesia de Saint Leger.

—¿El organista es un hombre de talento, según dicen?

—De un gran talento, en efecto.

—¿Le habéis oído vos?

—Muchas veces.

—¿Le conocéis?

—No.

—¿Sabéis cómo se llama?

—No me acuerdo... Sí... Esperad... Marcellus... Creo... Sí, eso es... Estoy seguro.

La señorita de Corbiere se estremeció.

¡Marcellus, Marcelo! ¡Era él!

¿Y por qué no?

No se atrevió á continuar su interrogatorio.

Se prometió informarse cuando estuviera en Lucerna.

Se contentó con decir al marqués de Sautvee, esforzándose para aparecer indiferente, dominando la alegría que se apoderó de ella.

Ya lo sabeis, arreglaos como podais, quiero no faltar esta noche al concierto de órgano.

—¿Es verdaderamente tan interesante?—preguntó la duquesa de Reville.

—Parece...—dijo el joven.—El único inconveniente será que saldremos demasiado tarde para ir á Interlaken.

La tarde se empleó en paseos por la orilla del lago.

Cuando los visitantes se despidieron de sus huéspedes, Fernanda y la duquesa deslizaron discretamente en la mano del cura una suma bastante considerable diciéndole:

—¡Para vuestros pobres!

El carruaje se puso en marcha para Lucerna á donde llegó para la hora del concierto.

Lucerna estaba muy animada.

Había todavía en aquella época de la estación, que tocaba á su fin, una enorme afluencia de turistas de todos los países, entre los que dominaban los ingleses.

Las anchas calles de los Alpes y de Zurich estaban llenas de paseantes.

Pero no eran ni el panorama, ni los museos, ni los jardines públicos los que llamaban la atención de Fernanda.

En sus oídos sonaba sin cesar el nombre de Marcellus que el cura de Winkel había pronunciado delante de ella.

Así era que, con actividad febril, daba prisa á la duquesa, al marqués, á Teresa y á las doncellas, para ir á la iglesia.

La parecía que por fin iba á ver á Marcelo, á aquel Marcelo tan inútilmente buscado des-

pués de tanto tiempo, desvanecido, desaparecido; que estaba allí y que la primera cara que se la aparecería al entrar en la iglesia sería la suya.

Su espera fué frustrada.

La iglesia esta llena de oyentes.

La nave principal, las capillas, todo estaba de bote en bote.

En el pórtico, vendían las entradas como en los alrededores de los teatros los días de estreno.

Un revendedor les ofreció entradas.

Concluyeron por entenderse pronto.

Mediante la suma de veinticinco francos, es decir, de cinco francos por silla, la señora de Reville fué colocada en una capilla lateral, desde donde no se veía más que la mediana pintura de un artista bávaro, representando el martirio de San Sebastián atravesado por flechas.

En cambio los oídos fueron pronto acariciados por el preludio de una fuga, lenta en un principio y cuya velocidad se aceleraba por grados, hasta el punto de hacerse vertiginosa.

La señora de Reville se inclinó hacia un caballero ya de edad que estaba cerca de ella, y le preguntó:

—Caballero, ¿no hay programa?

—Nunca, señora. No estamos en un teatro —contestó el interpelado, que cerrando los ojos llevaba el compás con la cabeza.

—Sin embargo, se paga para entrar.

—Es una limosna que se da á la Iglesia.

—¿Y el organista?

—¡Oh! ¡es un gran artista, un muy gran artista!

Cuando la fuga acababa en un diluvio de notas, rodando como un trueno, se volvió hacia la duquesa, y con la condescendencia de un buen profesor para con un discípulo ignorante dijo:

—Es la vigésimoquinta fuga del gran maestro Sebastián Bach, una obra maestra divina. En cuanto al concierto, dura una hora justa. Esto es todo lo que puedo deciros.

Volvió á tomar su postura, abriendo todo lo posible el aparato auditivo para la absorción de las nuevas obras maestras con que contaba.

No se hicieron esperar.

Se sucedieron las unas á las otras sin intervalo, por decirlo así.

El potente instrumento se mostró unas veces dulce hasta la ternura, otras brillante como una banda militar ó gimiendo como un violoncello.

En realidad aquello era hermoso.

Hacia el fin del concierto, el marqués de Sauves, que se encontraba cerca de la señorita de Corbiere, se inclinó hacia ella y la dijo en voz baja:

—¿Llorais, Fernanda?

Ella levantó sus húmedos ojos y murmuró, avergonzada de su debilidad:

—¡Es verdad, y estas lágrimas me hacen bien!

En aquel momento el órgano suspiraba aquella melodía del amor y de la melancolía que

ella había oído el año antes y que la había emocionado tan profundamente.

Tocó con su enguantada mano el brazo del marqués y le dijo:

—Esto es enternecedor. ¿No os parece, Huberto?

—Sí, es admirable.

Llegó la última pieza.

Era evidentemente una improvisación.

La concurrencia permaneció encantada durante veinte minutos.

El artista variaba sus efectos.

Se apoderó de la frase tan querida por la señorita de Corbiere y la giró bajo todos sus aspectos con delicadeza extrema, una elocuencia y un arte que nadie podía desconocer.

Cuando los últimos acordes dejaron de vibrar bajo las sonoras bóvedas, Fernanda estaba de rodillas en su reclinatorio, con la cabeza entre las manos, y se decía con el corazón oprimido por la espera de un acontecimiento que iba á decidir de su porvenir.

—¡Dios mío, haced que sea él!

Muy pronto se hizo el vacío alrededor de la capillita en donde la duquesa de Reville se encontraba con su acompañamiento.

También ellos se pusieron en marcha, y cuando llegaban á la salida tuvieron que detenerse.

Los rezagados que llegaban al portal se hacían atrás para dejar paso á dos ancianos que acababan de salir por una puerta gótica que conducía á la tribuna del órgano.

Algunos concurrentes, que eran sin duda de

Lucerna y pertenecían á la parroquia de la Hofkriche, se inclinaron al paso de aquellos dos personajes.

Los dos eran de edad; pero el uno parecía tener diez años más que el otro.

Admirada la duquesa de tantas muestras de respeto, preguntó al primero de los concurrentes que encontró á su lado:

—¿Quiénes son esos señores?

El interpelado contestó con complacencia:

—Uno de ellos, el más cercano á nosotros y más bajo, es el señor Muller, cura de la parroquia...

—¿Y el otro?

—Es el artista... un hombre de genio; sí, señora, de genio... Esta es la palabra.

—¡Mil gracias!—dijo la duquesa.

En la salida de Hofkirche, cerca del portal, hay una pila enorme para el agua bendita; es una concha grandísima, tallada en un bloque colosal de mármol blanco.

La marquesa vió con gran sorpresa que Fernanda se apoyaba en la pila como el que hieren en el corazón se agarra al primer sostén que encuentra á mano.

—¿Qué tenéis?—la preguntó.

Teresa, por su parte, se apresuró á dar el brazo á la convaleciente, diciéndola:

—Es la fatiga... Somos imprudentes... No estáis aún para una excursión tan larga...

Fernanda se había repuesto ya.

—No, no—dijo con sonrisa llena de bondad, —Esto no es nada...

Respiró con fuerza.

—¡Veis, ya desapareció. Vámonos—dijo,
Y muy bajo suplico, apoyándose en el brazo de la duquesa con viveza febril:

—¡Os lo suplico! ¡Vámonos! ¡Marchemos!

—¡Sí, hija mía!

La señorita de Corbiere llevo hacia la salida á la duquesa, que cediendo á los deseos de aquella enferma, á la que profesaba un afecto profundo, una ternura de madre, dió la orden de ponerse en camino.

De Sauves se había adelantado.

Apenas llegados al hotel los excursionistas, encontraron el carruaje ya enganchado, los caballos impacientes y el cochero en el pescante haciendo chascar el látigo.

El marqués anunció:

—Comeremos en Sarnen: he puesto un despacho.

—Pensáis en todo—le dijo la duquesa.

El marqués se inclinó al oído de la excelente señora y dijo de manera que pudiera ser oído por Fernanda:

—¡Quisiera tanto que todo el mundo fuese feliz!

La señorita de Corbiere le dió las gracias con una afectuosa mirada.

Pero en el fondo aquella mirada era desgarradora.

Iba desesperada.

Porque durante aquel concierto se había hecho la ilusión de que el artista á quien debía aquellas sensaciones exquisitas, el olvido de sus penas, no podía ser otro que Marcelo, su protegido, su amigo, aquel que la escribía con

pasión aquellas frases ardientes que la conmovían el corazón, en la carta de despedida cuyos términos tenía grabados en su memoria en caracteres imborrables.

Sí, había creído por un instante que solo aquel que había escrito las líneas que tan profundamente habían penetrado en su alma, era capaz de enternecer con armonías tan conmovedoras como las que acababa de oír.

Y de pronto había matado sus esperanzas el caballero á quien preguntó la condesa quienes eran los dos ancianos.

El artista era aquel alto y venerable anciano de cabeza de asceta, de ojos llenos de viveza y de fuego á quien había visto á la salida de la iglesia acompañado del señor Muller, párroco de Hofkirche.

Si la pobre joven hubiera podido seguir á dos pasos de distancia al párroco y al señor Mertens, en lugar de desesperarse hubiera sentido correr por sus venas una dulce embriaguez.

El señor Mertens decía á su amigo:

—¡Qué talento ese Marcelo!

—¡Y qué corazón! —añadía el señor Muller. Y hasta que llegaron al presbiterio no cesaron los elogios en honor del joven.

—Mi discípulo—exclamó Mertens.—¡Casi mi hijo, Muller!

—¡No podíais tener uno que os hiciese más honor!

Y si en lugar de alejarse tan precipitadamente, en el desaliento de su decepción, la señorita de Corbiere hubiera permanecido cinco

minutos más en el portal monumental de la iglesia, hubiera visto un hermoso joven vestido de negro, de aire triste y grave, presentarse á su vez bajo los arcos de la escalera de piedra, por la que el señor Muller y su amigo Mertens habian bajado de la tribuna del órgano, examinar el portal desierto, y seguro de que nadie podía esperarle, salir á la plaza de la Hotkirche, tomar una calle menos populosa que las otras y dirigirse hacia el extremo del arrabal del otro lado del Kursall y del muelle Nacional.

Signiéndole hasta el fin de su excursión, le hubieran visto llegar ante una casita sepultada bajo una avalancha de verdura, entrar en el vestíbulo de aquella casa, encontrarse enfrente de una vieja sirvienta que le interrogaba con la mirada, y decirle:

—No os ocupéis de mí esta noche. Juana; como en el presbiterio con el señor Mertens.

Entretanto la duquesa y sus compañeras marchaban al trote largo de los cuatro caballos hacia Sarnen, primera etapa de la vuelta de aquel viaje tan deseado que dejaba en el alma de Fernanda una tan profunda desilusión y una tan cruel pesadumbre.

El sol había desaparecido hacía ya largo rato detrás de los macizos del Pilate, cuando el carruaje depositó sus viajeros en el vasto patio del hotel situado á las orillas del lago donde se reflejaban las luces de la pequeña ciudad de Sarnen.

La comida fué silenciosa.

Las noches de los días de fiesta inclinan á la melancolía.

La contemplación íntima de las cosas más bellas cansa á lo largo.

Al fin de la comida, el marqués, viendo los síntomas de cansancio de todos los viajeros, propuso tomar el tren.

La proposición fué aceptada por unanimidad.

A las diez estaban reunidos en un confortable vagón que los llevó á Brienz en cincuenta minutos, y de allí, por el vapor, á la villa de las Nieves, á cerca de las doce.

La excursión á Lucerna había concluido.

Fernanda no traía de ella más que un doloroso recuerdo.

Para Teresa, al contrario, el viaje no había sido más que una serie de goces deliciosos.

A cada instante, los ojos del marqués, un gesto, una palabra deslizada con disimulo, una alusión, comprendida por ella sola, la recordaba su dicha.

Pero en el momento en que entró en su cuarto, la llamó la atención una carta llegada durante su ausencia.

La abrió apresuradamente.

Desde las primeras palabras empezó á palidecer.

Aquella carta era de su hermano Pedro, y su contenido el siguiente:

«Mi querida Teresa:

»Nuestra madre va á morir.

»La ha dado un ataque de parálisis y el médico dice que es peligroso.

»No me ha ocultado sus temores.

»Si quieres encontrarla viva, apresúrate á venir.

»Será para ella un gran consuelo verte y abrazarte por última vez.

»Escribo al mismo tiempo á Marcelo; pero como tenemos que valer nos de intermediario, no recibirá sin duda el aviso que le doy hasta veinticuatro horas más tarde y tal vez entonces no sea ya tiempo.

»¡Hasta muy pronto, Teresa!

»Estamos muy afligidos y te abrazamos tiernamente.

»Tu hermano

»PEDRO.

»P. D. He escrito también á Guillermo y á Juan; pero están tan lejos que es imposible que vengan.

»Además, ¿cuándo llegará esa carta á su poder?

Era preciso esperar hasta el día siguiente. Teresa cayó de rodillas, ocultó la cabeza entre las manos y murmuró derramando abundantes lágrimas.

—¡Sí, era demasiada felicidad la mía!

V

Despedidas.

Aquella noche estaba muy iluminado el comedor de la casa del venerable párroco de la Hofkirche.

En él hubiera reinado la alegría si la amenaza de la inminente partida del señor Mertens para Nueva York, no hubiese estado suspendida como una espada de Damocles sobre la cabeza de los convidados.

El señor Mertens había cumplido la promesa hecha á sus viejos amigos, y satisfecho su propio deseo yendo á volver á ver el teatro de sus primeros éxitos, su país natal, el objeto de sus eternos recuerdos.

Hacía diez días que estaba allí, mimado, rodeado, mostrado con el dedo por sus conciudadanos, que se decían unos á otros: con orgullo: «¡Ahí está...!», acogido con un cariño que justificaba su antigua reputación y su gran talento.

El señor Mertens era casi octogenario; pero se afirmaba, con alguna razón, que conservaba aun el vigor de sus mejores años y creían oírle todas las noches.

Se engañaban.

No era él quien tocaba en los conciertos.

Era su discípulo.

Casi siempre, el anciano profesor, fatigado, medio baldado, cedía el puesto al discípulo,

que hacía prodigios delante de su bienhechor. Pero todos creían oír al señor Mertens.

La ciudad estaba llena de su nombre. Todos los demás se eclipsaban ante él.

El concierto á que la señorita de Corbiere acababa de asistir era el último que él debía dar.

Había sido más brillante que los otros.

El burgomaestre, que ocupaba el puesto de honor en la mesa del banquete de despedida, enfrente del cura, que tenía á su derecha á su amigo Mertens, no cesaba de hacer elogios.

—Una cosa admirable, pasmosa, querido amigo—le dijo.

El anciano se sonrió.

—¿A quién crees haber oído?—preguntó.

—¡A tí, pardiez!

—Error.

—¿A quién entonces?

El señor Mertens contó á su amigo que él había mantenido el error popular en interés de los ingresos para la iglesia; que casi siempre había sido Marcelo quien había tocado en lugar de él; que especialmente al principio del concierto de aquel día se había encontrado mal, que se disipó pronto el malestar, pero que felizmente su sustituto estaba allí dispuesto á suplirle.

Y concluyó diciendo al burgomaestre:

—Tienes razón, Waldmann, amigo mio, ha estado muy bien.

Se volvió hacia Marcelo y añadió:

—Sí, era hermoso, verdaderamente hermoso.

El joven contestó ruborizándose:

—¡Es que estábais allí vos, querido maestro! En el comedor sencillo y severo del presbiterio de Lucerna, no había más que íntimos.

Después de la comida, el anciano tocó en el hombro á Marcelo, y mostrándole el piano, le dijo:

—Vamos, danos el último concierto; quiero decir el último para mí. ¡Creo no oiré más!

—¡Oh!

El Sr. Mertens se golpeó el pecho y añadió muy bajo, como si hubiera hablado con un hijo.

—Esto se descompone, ¿pero qué importa? he vuelto á ver á todos, he visto de nuevo mis queridas montañas, moriré contento.

Marcelo se sentó al piano y, con una memoria prodigiosa y un verdadero genio de ejecución, repasó todas las obras del maestro, las principales al menos, las que habían hecho su gloria, y durante dos horas tuvo al auditorio pendiente de sus dedos.

Se hizo escuchar con religiosa atención.

Cuando por fin la hora separó aquellos compañeros de juventud, afectuosos, cargados de años, algunos de ellos de honores, todas las manos se tendieron hacia el maestro y su discípulo, y la emoción, pintada en el rostro de aquellas buenas gentes, decía cuánto era el cariño que les unía.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, el burgomaestre Waldmann, el cura, el señor Muller y Marcelo acompañaban á pie al señor Mertens, que volvía á tomar tristemente el camino de lo que él llamaba su destierro.

Acompañaban al anciano al tren que iba á

llevarle hacia Francia primero, y en seguida hacia el Havre, donde debía embarcarse.

Se paró un instante en la orilla del lago, por la que tantas veces había paseado durante su juventud persiguiendo una idea, buscando una inspiración.

La hora de la separación sonó por fin.

Cuando los tres amigos que estaban al pie de la portezuela del vagón en que había montado al Sr. Mertens, oyeron la señal de partida, cambiaron con él una última mirada y un postrer saludo.

Con un movimiento de cabeza llamó el señor Mertens á su discípulo y le dijo muy bajo:

—¡No temas nada! ¡Ten esperanza, hijo mío! ¡Adiós!

Y con un movimiento de la mano saludó á sus compañeros y á su país.

Se le vió palidecer.

Su corazón se desgarraba.

Pero el tren se puso en movimiento.

Sonó el silbato de la máquina, lanzó al aire un torbellino de humo, se sintió un ruido que fué desapareciendo, y desapareció todo.

Aquello había concluido.

Los presentimientos del anciano debían realizarse.

Aquella visita había sido la última que hacía á su patria.

Debía morir antes de llegar á los Estados Unidos.

VI

Al lado de un féretro.

Había muerto. La pobre anciana había entregado su alma al Creador.

La triste casa de la Boca del Lobo estaba más triste que de costumbre.

Pocas horas antes de exhalar el último suspiro, había recibido la anciana una visita inesperada.

La de Fernanda de Corbiere.

La joven y la moribunda habían hablado largamente.

Cuando la castellana de la Ferté-Montarón salió de la habitación de la aldeana, los allí presentes pudieron notar dos cosas: primera, que la señorita de Corbiere marchaba con paso ligero, como si se hubiera descargado de un enorme peso; que sus facciones tenían una animación desacostumbrada y se iluminaban por una especie de deseo de sacrificio, mientras que el rostro de la moribunda tenía impresa una profunda alegría, una esperanza que la transfiguraba y una fe en el porvenir que contrastaba con la desconfianza y la tristeza de sus últimos años.

La señorita de Corbiere salió de la Boca del Lobo después de haber abrazado á Teresa, á quien había acompañado con la duquesa de Reville y el marqués de Sauves, en su vuelta de Isterlaken.